

Paulino Masip: un escritor exiliado de la generación del 27

M.^a Teresa González de Garay

PAULINO Masip nació el 11 de marzo de 1899 en La Granadella (Lleida) y murió en México, Cholula, en 1963. Su compromiso político y ético con la Segunda República le obligó a un exilio sin retorno.

De 1905 a 1920 vive con sus padres y sus cuatro hermanos en Logroño. Aprende el castellano y estudia Magisterio. En 1919 publica su único libro de poemas, *Líricos remansos*.

Entre 1920 y 1921 vive en París y traduce algunas novelas de Charles Nodier: *Recuerdos de juventud*, *La señorita de Marsán*, *La novena de la Candelaria*, todas publicadas por Espasa-Calpe en 1924. Más tarde, ya en México traduce *Salambo* de Gustave Flaubert, en edición de lujo ilustrada por Josep Renau.

En Logroño trabaja en el negocio familiar de tintorería y funda los diarios *El Heraldo de la Rioja* (1924-1925) y *El Heraldo Riojano* (1926-1928) con la ayuda de su padre, liberal convencido; mantiene los periódicos cuatro años a pesar de las numerosas multas gubernamentales de Primo de Rivera. *El Heraldo Riojano* era afín al Ateneo Riojano, del que Paulino Masip fue socio fundador y secretario.

El 8 de enero de 1925 se casa con Fernanda Echazarreta, natural de Yécora. Nacen sus hijas, Dolores y Carmen, en Logroño, en 1925 y 1927. A finales de 1928 Paulino Masip se traslada a Madrid con su familia. Trabaja en la revista *Estampa*, fundada ese mismo año, en la que colabora formalmente hasta 1934.

En 1929 empieza a escribir en el recién fundado periódico *Ahora*, del que será jefe de redacción. En 1933 es nombrado director del diario *La Voz*, siendo el director de periódico más joven de España. También fue director de *El Sol* en 1935, cuando dirigía *La Voz*. Ese mismo año, Miguel de Unamuno publica un artículo en *Ahora* en el que menciona a Masip, elogiándolo por el artículo «El problema de la juventud».

Durante la época en que vivió en Madrid frecuentaba las famosas tertulias de La Granja El Henar y El Café Regina, en donde se reunían muchos intelectuales republicanos. Entre ellos, los más cercanos a Masip eran Cipriano Rivas Cherif, Alejandro Casona, Manuel Azaña, Juan José Domenchina, Francisco Martínez-Corbalán, Leopoldo Bejarano, Enrique Díez-Canedo, Bagaría, Hoyos y Vinent, etc.

En 1931 estrena la comedia en un acto *Dúo*; en 1932, en el Teatro Cervantes de Madrid, la comedia en tres actos *La frontera*; y en 1936 la compañía de Irene López Heredia estrena, en el Teatro de La Zarzuela, *El báculo y el paraguas*. Las dos últimas tuvieron mucho éxito de público y crítica.

En 1936 estalla la guerra civil y Masip es nombrado editor técnico del diario *La Vanguardia* de Barcelona (1937). En 1938, Julio Álvarez del Bayo, ministro de Asuntos Exteriores, lo nombra agregado de prensa en París, a donde viaja con su familia. Ahí puede decirse que comienza su exilio porque ya no volvió. En mayo de 1939, gracias a la decisión del presidente de México, Lázaro Cárdenas, que costeó el viaje, Masip pudo trasladarse con otros doce intelectuales y sus familias al país hermano. Integraban el grupo, entre otros, José Bergamín, Emilio Prados, Antonio Rodríguez Luna, José Herrera Petere, Antonio Sacristán, Josep Renau, Gallego Rocafull, Carnés y Ricardo Vinós. El viaje fue preparado por el embajador de México en Francia, Gilberto Bosques, y los intelectuales mexicanos Fernando Gamboa y Juan de la Cabada. Durante la travesía en el barco holandés *Veendam* Masip escribe *Cartas a un emigrado español*, libro editado en México por la Junta de Cultura a finales del 39 y que ha tenido ya dos reediciones dada la seriedad, equilibrio e interés de sus planteamientos ante la nueva aventura del exilio.

En 1939 se instala definitivamente en la capital de México con su familia. Trabaja en el S.E.R.E. y dirige el Boletín del Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos. Publica artículos en las revistas fundadas en México por éstos (*España peregrina*, *Romance*, *Litoral*, *Las Españas*).

En 1943 publica un volumen de diez relatos titulado *Historias de amor* y en 1944 *El diario de Hamlet García*. A esta novela, la mejor

editada y más conocida, le siguen otras narraciones (cuentos, novela y novelas cortas): *De quince llevo una* (1949), *La aventura de Marta Abril* (1953) y *La trampa* (1954). También publica dos obras de teatro, *El hombre que hizo un milagro* (1944) y *El emplazado* (1955), así como la adaptación al teatro de la novela *El escándalo*, de Pedro Antonio de Alarcón.

Se dedica con mucha intensidad al cine, como guionista, dialoguista, adaptador (hay documentadas más de 42 colaboraciones, escritas desde 1941) y crítico, colaborando en la revista *Cinema Reporter*. Muere a los 64 años en México el 21 de septiembre de 1963.

Las hijas de Masip fundaron familia en México. Dolores falleció en México D.F., en enero de 2001 y Carmen en San Miguel de Allende (Guanajuato), en mayo de 2004. Ahora siguen allí viviendo, trabajando y estudiando sus nietos y bisnietos.

Las dos novelas largas del autor son *El diario de Hamlet García* (México, 1944), que tardó mucho en publicarse en España (Anthropos, 1987) aunque se reeditó en el Círculo de Lectores tan sólo dos años más tarde y en Visor en 2001, con prólogo de Antonio Muñoz Molina, aparte de una traducción al francés en 1999, y *La novela de Marta Abril*, publicada en México en 1953 (es una divertida parodia-homenaje de las novelas folletinescas y de ciertos aspectos de la novela erótica-galante, bien diseñada su paradójica y atractiva protagonista, y refrescante la irónica y minuciosa delectación que se trasluce en las descripciones referidas al «arte de vivir», religión que profesan laicamente sus dos protagonistas principales, la extremeña Marta y el bilbaíno Enrique Iturralde. Ha sido reeditada recientemente por Mar Muriana en Granada.

El diario del Hamlet García es su mejor novela, sin duda, y entra de lleno en el análisis y reflexión sobre los efectos devastadores que la guerra civil española produjo en los ciudadanos, especialmente si alguno de ellos, como el protagonista, vivía en su «nebulosa metafísica» y existencialista sin ni siquiera atisbar lo que se venía encima del país. Quizá sea una de las mejores novelas sobre la guerra civil publicada fuera de España en fechas cercanas a la derrota.

Su narrativa breve no es abundante pero sí muy interesante. Uno de los conjuntos de relatos mejor logrado es el de las biografías noveladas que contiene el libro *Historias de amor*. La colección fue escrita y publicada en España entre los años 1928 a 1931 en el semanario ilustrado *Estampa* de Madrid, y editadas en

forma de libro en México en 1943¹. Las *Historias de amor* tienen unidad compositiva en su concepción y en su ejecución, en la intención y en el significado de la elección de los personajes históricos. Todas ellas giran en torno a tres núcleos fundamentales: el amor, la lucha por el poder y el ejercicio de la inteligencia. Se estructuran a través de «escenas» tituladas, casi siempre diez, situadas en diferentes tiempos y espacios. Es como un montaje de «secuencias» de las vidas del personaje biografiado, cortes sincrónicos (a veces muy breves, aunque intensos) en los que se dejan percibir rasgos de la evolución de la personalidad del protagonista y en los que el autor dosifica, enhebrados en el paisaje interior, los datos fundamentales para situarlos en el contexto de su época. A través de estos cortes narrativos sincrónicos se sugiere la diacronía de los sucesos amorosos e históricos fundamentales que vertebran las vidas narradas. Las escenas más pausadas en el tiempo prestan atención específica a la descripción de los estados emocionales y amorosos y a los diálogos entre los enamorados. El narrador, destacando lo más personal y original, se convierte así en el observador ensimismado de la palabra ajena que el autor inventa, testigo e intérprete de los más sutiles signos, abierta o secretamente declarados.

Un ejemplo de la precisión y eficacia en el empleo de estos recursos lo tenemos en «El matrimonio blanco del filósofo Condorcet». En este relato se narra primero «El encuentro». Después un breve corte titulado «A telón corrido», donde el narrador penetra en la intimidad de la alcoba de Sofía, y la enjuicia y valora mientras ella duerme, poniendo al desnudo su presencia indiscreta y omnisciente pero vulnerable, truco bien conocido por los hacedores de la novela realista. A continuación las inevitables «Primeras consecuencias», seguidas de: «Conocimiento y desquite», «Angustias», «Confesiones y declaraciones», «Casamiento», «Recién casados», «Amor subterráneo», «La tormenta» y, finalmente, «El primer beso». El autor dramático se hace presente y los diálogos pasan a un primer plano. El diálogo y el monólogo son recursos esenciales, únicos para representar lingüísticamente

(1) También en 1943 se publicaron en México las historias de Agustín Yáñez centradas en la representación del alma femenina, encarnada en figuras míticas del pasado literario como Alda, Melibea, Doña Endrina, Desdémona, Oriana, Isolda y Doña Inés (*Archipiélago de mujeres*, México, Biblioteca paralela de Joaquín Mortiz, 2ª ed., 1977).

la acción dramática y el presente y Masip los utiliza con frecuencia en sus narraciones construyendo el discurso de los personajes biografiados con coherencia y pericia, como puede comprobarse en los divertidos monólogos del protagonista de mentalidad matemática de «De quince llevo una», el palentino Modesto Rincón.

En *Historias de amor* los grupos sociales elegidos para sus biografías noveladas son dos. Hombres y mujeres de letras (literatos, periodistas, filósofos: Larra, el conde de Villamediana, Goethe, Condorcet). Y mujeres y hombres de acción (políticos, revolucionarios, reyes, nobles: Luis XIV, Napoleón, Tallien, Felipe II, Lucrecia Borgia, la reina María Luisa, Isabel de Borbón, la condesa Walewska, la princesa de Éboli).

Dos de ellas se desarrollan en el marco histórico de la Revolución francesa, con protagonistas importantes de ese suceso clave en la historia de la civilización occidental, y que tanto dio que hablar en España en la época de «la niña bonita», y durante la guerra civil en el bando de los que combatían contra los sublevados. La Segunda República también hablaba de revolución. Son claras las causas por las que esos personajes ejercen atracción en Masip.

La elección de los escritores también es reveladora: Larra, descrito y recreado en su infancia con sensibilidad y acierto, aunque el final no esté a la altura del comienzo del relato (también le dedicó un largo artículo en *La Vanguardia*, en 1937, con motivo de su centenario). Goethe y sus múltiples experiencias amorosas, vehículos que transportan una visión íntima, de la vida cotidiana y personal del genio. Condorcet y su pasión por Voltaire, a mi juicio una de las más logradas junto con «La princesa de Éboli y Felipe II», y en la que reconocemos el germen de lo que luego va a constituir una de las esencias de la personalidad de Hamlet García, el miedo al contacto físico con la mujer con la que se sintoniza intelectualmente, el extremo pudor ante una «igual». Aunque Condorcet y su discípula Sofía, más tarde esposa sólo espiritualmente, al contrario de Hamlet y Eloísa, sí acaban descubriendo las dulzuras y fuegos del amor físico de mano del estallido de la revolución (posterior a una intimidad forzada, consecuencia de una repentina enfermedad de Sofía, que había desinhibido sus cuerpos).

Es destacable también el uso inteligente que Masip hace de las citas de textos literarios y periodísticos de sus personajes. Citas de Goethe, poemas del Conde de Villamediana y pasajes de alguno de los artículos más conocidos y significativos de Larra son engarzados con habilidad en el desarrollo de la reconstrucción biográfica. Recordemos que también en *El diario de Hamlet*

García, como han puesto de relieve Pablo Corbalán, José María Naharro Calderón, Paco Tovar, Juan Rodríguez, Olga Glondys, Miguel Ángel Muro, Bernardo Sánchez y Anna Caballé (entre otros), la intertextualidad es un factor notable, sólo que la ironía y el humor la matizan de diferente manera que en *Historias de amor*, donde sirve para retratar más eficaz y verosímelmente el discurso de los personajes.

Hay aún otros dos títulos de cuentos y novelas cortas, *De quince llevo una* (México, 1949 y Málaga, 2009) y *La trampa* (México, 1954). La unidad de estos libros no es esencial. En ambos hay cosas comunes, aunque también singularidades. *La trampa* es un libro integrado por cuatro novelas cortas: «La trampa», «Un ladrón», «El gafe o la necesidad de un responsable» y «El hombre que perdió los bolsillos». Las novelas están relacionadas entre sí por la extensión y dos de ellas por el tono y ciertos motivos temáticos: éxtasis anímicos, dolorosas emociones que causa el amor cuando la ignorancia deja paso a nuevas verdades, el humor y la ironía al enfrentarse con el imperio del deseo erótico, de la pasión y de la posesión, la época que reflejan y en la que se sitúan, etc. «El hombre que perdió los bolsillos» cuando era niño, en los pantalones, por una decisión ahorrativa de su madre, perderá el «bolsillo» del alma y su ingenuidad por la pasión que siente hacia una mujer extraordinariamente sabia en intrigas amorosas. El viejo de «La trampa» morirá víctima de sus propios enredos, traicionado por la inteligente jovencita a quien creyó conquistar con viles tretas. Las dos novelas versionan el eterno combate entre los sexos y las consecuencias de éste en los personajes protagonistas.

Los cuentos contenidos en *De quince llevo una* son de diverso signo: apuntes líricos teñidos por la nostalgia y la ironía, a veces brevísimos como «Chiquillos ante el mar»; cuentos muy ceñidos y con honda significación sociológica y política, como las «Memorias de un *globe-trotter*», «Erostratismo» o «El alfar»; y cuentos de mayor extensión, como «Dos hombres de honor» o «El apólogo de los ajos», muy cercanos en tono, motivos, morosidad y extensión a las novelas breves de *La trampa*. *De quince llevo una* es, pues, un libro variado y desigual en la elección de motivos temáticos y en sus enfoques narrativos. El primero da título al volumen y los restantes son «Prudencio sube al cielo», «Memorias de un *globe-trotter* (seleccionado por Rafael Conte en sus *Narraciones de la España desterrada*, 1970), «Dos hombres de honor», «El apólogo de los ajos», «Nochebuena en el tren», «La muerte en el paraíso», «Erostratismo», «El alfar» y «Chiquillos ante el mar». Diez relatos de muy diversa extensión y tono (desde los apuntes líricos

ya señalados, pasando por un realismo teñido de elementos simbólicos y premonitorios de la tragedia que se cernía sobre España en «El alfar», hasta los de factura frívola y picante en la órbita de la novela erótica de principios de siglo, a la que en numerosas ocasiones parodia mediante un humor irónico complaciente y popular). Hay relatos llenos de humor que muestran el dominio de los procedimientos narrativos utilizados. Es el caso del primero, en el que se narra la aceptación del adulterio de manera «estructural» y sistemática. De cada quince días de fidelidad física, la mujer tendrá derecho a ser infiel una vez a su amado. Como el porcentaje, visto con mentalidad numérica, es muy favorable, el protagonista acaba comprendiendo la parte buena del trato y entregándose optimista al matrimonio. Otra narración, que posee encanto y lirismo –«lo bueno cursi» de Gómez de la Serna–, al modo de antes de la guerra civil, recrea en Lucía y Miguel el mito bíblico de la expulsión de Adán y Eva del paraíso: «La muerte en el paraíso». El amor vence al terror de la vida truncada, de la mano de una tierna pareja de adolescentes que descubren el amor físico por primera vez en un bosque próximo al cementerio, en el que acaban de enterrar a una de las amigas de su grupo. La intromisión de una «sombra vestida de cazadora y polainas que llevaba un fusil en las manos. Una sombra que apagó todas sus claridades. Una sombra que tenía la voz áspera y desentonada», arruina el descubrimiento.

«El apólogo de los ajos» es un cuento que, bajo su apariencia chusca y socarrona, tiene ingenio y un buen acabado. El abogado, figura principal del cuento, es un respetado especialista en reconciliar matrimonios desavenidos y sabe mantener los misterios y secretos que prestigan a los miembros de un gremio consciente y preocupado por las técnicas de su profesión. El famoso apólogo se refiere a una experiencia individual y personal convertida en filosofía y ejemplo de un modo de comportarse poco conveniente. La historia está bien narrada y el autor sabe sacar de ella todo el partido humorístico, sobre todo en el aspecto olfativo y gastronómico.

«Nochebuena en el tren» relata una historia de tono más picante y frívolo, con un retrato de personajes convincentes en situación poco verosímil, convencionalmente forzada. Representa, como el protagonista reconoce en un momento crucial, la lucha eterna de los sexos. Las conexiones de este cuento con «Dos hombres de honor» son notables. Los dos se desarrollan en el tren y reflejan la España de antes de la guerra civil. El carácter masculino de los tres narradores tiene valencias comunes, como su pretensión de ser auténticos caballeros y la realidad indigna

que los muestra como vulgares conquistadores de hembras, desposeídos de cualquier honorabilidad. Recordemos que los «Dos hombres de honor» son narradores-protagonistas de su propia historia y narratarios de la historia ajena. El primer narrador introduce el contexto de la conversación y cede la palabra a sus dos personajes, permaneciendo como observador mudo de la infamia. En «Dos hombres de honor», la historia es la conversación que se desarrolla en 1932 entre dos hombres de leyes, un juez de primera instancia y un magistrado, lectores de *El Debate*, periódico católico de la época, y con unos signos sociales de fácil reconocimiento en la pequeña burguesía de la España de la preguerra. En realidad Masip ilustra y retrata aquí la actitud moral y la ideología de dos paradigmáticos representantes de la camada fascista. La jerarquía, el honor y la justicia como impostura. El cuento tiene algo de sainete, pero también de esperpento de la secular «caspa» hispana.

Es en estos años en los que sitúa el autor buena parte de sus narraciones. ¿Nostalgia? ¿Amor distante por lo que ya pasó? ¿Lecciones, desagravios, desmascaramientos? De todo un poco, pero también superación, por evasión, de los temas paradigmáticos de la literatura de los exiliados: la guerra civil, los campos de concentración, el exilio, el imposible regreso...

Las historias de Masip están narradas desde mentalidades pequeñoburguesas y para la pequeña burguesía española de la primera mitad del siglo xx, desde los propios personajes protagonistas. El tono es popular, el estilo íntimo y coloquial, humorístico e irónico. Lo que suele hacer Masip es poner en evidencia, al desnudo, la ideología y las emociones de sus personajes a través de sus propias palabras, creándoles un discurso propio. Es elevado el número de veces en que la perspectiva de la narración es creada desde la primera persona en un relato autobiográfico. Los diarios los utiliza en *El diario de Hamlet García* y «Erostratismo» como medio para penetrar en el interior de sus personajes. Son auténticos diarios, escritos para uno mismo, aunque en el primer caso, a medida que la acción exterior irrumpe en la vida del protagonista perturbando su mundo interior, el diario se amplía hacia el registro de la crónica. «El gafe», sin embargo, comienza siendo un diario de naufragos para terminar pareciéndose a la crónica de un loco.

«Memorias de un *globe-trotter*» es un simbólico retrato en el que se diseña el perfil de un personaje que adora la pereza contemplativa, que quiere vivir tranquilo y sin ambiciones, y que no lo consigue por la maldita intromisión de la guerra (la «gran

guerra»). El cerrajero quiere seguir siendo cerrajero de un pequeño pueblo en el que no hay cerraduras, y quiere ver pasar la vida sentado en la acera, con una fresca cerveza en las manos y contemplando los «azules ojos» que le miraban amorosamente. La guerra se prolonga (el final de las memorias se fecha en 1927) en una interminable peregrinación en busca de su pequeña aldea y de su asiento. Este cuento pertenece al registro simbólico de las narraciones de Masip. Está más cerca de «El gafe» o de *El diario de Hamlet García*. Y, no por casualidad, la forma elegida son las memorias, parecidas al diario, aunque con variantes formales importantes. Escribir desde el yo es un recurso que sobresale en la narrativa de Masip, recurso con el que el autor «dramático» debió sentirse tan cómodo como Cañizares, el madrileño escritor de «El gafe», cuando anota en el primer día del diario: «Por primera vez, desde hace años, estoy hablando en primera persona del singular, sin intermediarios. Ahora no hablan por mí don Tiburcio el prestamista, ni la Trini, ni Pepe el seco ni la Manuela, con la voz que yo les presto, sino que en este sainete, que a lo peor ¡ay! termina en drama, el personaje principal y casi único es (...) servidor, dueño de la vihuela y la toca como le place».

«Erostratismo» es un título indicativo de la ideología que el autor va a proyectar sobre la concepción de la historia de Lucía, que escribe en el diario su pobre y neurótica nada. Eróstrato incendió una de las maravillas del mundo, el templo de Diana, para adquirir celebridad. Fue condenado a muerte por los habitantes de Éfeso. También Lucía Larrauri será condenada por la ignorancia de sus mayores o por un destino incomprensible y absurdo. Los fragmentos del diario de Lucía se complementan con la cita final de una gacetilla periodística, que de forma impersonal ha insertado el autor para comunicarnos con frialdad la muerte de la virgen adolescente.

Finalmente hay relatos trágicos. Sus sentidos pueden percibirse como interpretaciones de ciertos aspectos de los antecedentes de la guerra civil y del exilio radical y permanente. «El alfar» declara abiertamente a través de su narrador omnisciente el aviso de la guerra civil, en la última frase del cuento. La omnisciencia es aquí necesaria, porque el alfarero no domina las palabras que podrían expresar lo que siente y piensa. Es el narrador el que nos cuenta lo que pasa por su mente en los peores momentos. El retrato de los ricos «señoritos» aburridos y violentos refleja la juventud fascista, aquella misma de la que Unamuno abominaba. El alfarero representará a los pobres, a los inocentes, a los marginados y a los poetas de la vida cotidiana, todos ellos triturados por la miseria,

el desprecio y la guerra. Probablemente las actividades alfareras de Navarrete, conocidas por Paulino directamente (escribió para *Estampa* un buenísimo reportaje sobre ellos), inspiraron la elección de esta figura y contribuyeron a facilitarle materiales para el retrato. Y la novela corta, «El gafe», es el relato más denso, a pesar del humor con que Cañizares nos hace sonreír durante su exposición de la nueva situación y al hablarnos de sus orígenes como autor de sainetes. Si en el diseño de un personaje buscamos alusiones biográficas, rastros del propio autor, es con Cañizares con quien debemos detenernos. Incluso naufragó en el mismo barco holandés que condujo a Masip y a su familia a Nueva York en 1939, el *Veendam*. El cuento relata el exilio definitivo, en una isla desierta e ignorada, de cuatro españoles (madrileño, catalán, vasco y gallego) y un nórdico. El complejo de inferioridad de los españoles, su inutilidad y derrumbamiento, las condiciones misteriosas del «sueco», todo hace avanzar la tragedia. El naufragio se sitúa en 1919 y el diario comienza el 25 de marzo. La última fecha referida es la del 25 de julio. Y lo que sucede, a pesar de la falta de originalidad en la elección de la acción marco y en el recurso narrativo del hallazgo de un manuscrito, podría entenderse como una versión personal del mundo español de antes de la guerra, aislado y en contacto con Europa. Del carácter de los españoles frente al europeo. La superstición, la irracionalidad, la desesperación, unida a motivos ciertamente inquietantes, como la extraña aparición de un barco cargado de víveres, hace que esta novela breve sea una variante muy personal del tópico. Pero también, atravesada ya la frontera de la desesperación, es una novela con más sentidos, o con sentidos más generales, que tienen que ver con la condición humana, con la incomunicación, con la imposibilidad de la reproducción, con el sentimiento religioso, con la idea de Dios, con la civilización, con el misterio y la carga abrumadora de alguna magia incomprendida. William Golding publicó *El señor de las moscas* en 1954, el mismo año que se editó «El gafe». Los niños del novelista inglés, purificados tras el asesinato ritual, se sumergen en la barbarie más primitiva. Los españoles adultos de «El gafe» caen también en el asesinato y la locura a los cuatro meses. A Masip, como a Golding, acaba por no preocuparle el grado de posible realidad de su historia, pero sí las consecuencias de la misma. En «El gafe» la religión aparece con un rostro serio y perverso. No podría compararse con el tratamiento de la religión en «Prudencio sube al cielo», porque en «El gafe» hay humor negro y en «Prudencio» sólo hay humor benevolente (las intromisiones irónicas del narrador, también omnisciente, recordando a los lectores el contenido del noveno mandamiento, o

expresando su entusiasmo por la precisión técnica de ciertos eufemismos anarquistas –colaboradoras sexuales, por ejemplo–, la adjetivación paródica: «sentimiento *satánico*», etc., son un elemento importante de la narración). A Masip, sin duda, el motivo religioso le parece lo suficientemente complejo para mencionarlo con frecuencia elevada, o para convertirlo en tema esencial.

Destaca el diseño de la ideología de los narradores, de los lectores implícitos y explícitos que el autor crea en sus narraciones. En «El gafe» es al lector ignorado, remoto e improbable, al que se dirige Cañizares escribiendo el diario de los naufragos. En «Nochebuena en el tren» el relato autobiográfico del oficial del Catastro, Feliciano Sánchez, se dirige a un lector que empieza siendo considerado como juez, luego como confesor, y acaba convertido en joven alumno al que hay que aleccionar. En «Dos hombres de honor», los destinatarios de sendos relatos autobiográficos son alternativamente cada uno de los dos narradores. Sólo así se explica que puedan contarse con tanta hipocresía, cinismo y cretinez moral, sus historias. En los diarios, los lectores internos son los propios escritores del diario. En «Un ladrón» y en «El hombre que perdió los bolsillos», los narrarios de las historias autobiográficas son dos escritores. Así que Masip cuida mucho las referencias a las actitudes del que escucha, hasta el punto de ser determinantes de que el relato prosiga o quede roto. En la actitud de sus narrarios hay depositadas buenas dosis de humor y de psicología. Lo mismo que hay casi siempre que contar con la intencionalidad en la elección de los nombres de sus personajes, castizos unas veces como Ignacio Larrumbe o Marcelo Coutiño, simbólicos otras, como los nombres de Modesto Rincón y Marcelle Méritier, la dueña de la tienda de modas «Le cerf-volant», protagonistas de «De quince llevo una», o Francisco de la Mora (el abogado del «Apólogo de los ajos», que con su nombre proyecta el refrán de «la mancha de la mora con otra verde se quita» sobre el significado de su historia), Matías Pérez del Loro, Hamlet García, Marta Abril, Benedito, etc.

«Un ladrón» es la única narración que se desarrolla en México. Incluye las particularidades del habla coloquial y del argot mexicanos, su topografía es la de México D.F., y sus personajes, criadas, señoras, rateros, casas, son los de esa nación. Masip rinde así un homenaje a la cultura mexicana, aunque al final sólo permanezca la «reja» y un oído, el del narrador-narrario, también «ladrón a su manera».

Paulino Masip se olvidó en sus historias prácticamente de la guerra, pero no de la España que él conoció. No se imagina

nunca en sus relatos breves una España posterior a la guerra civil. Su España es la de los años anteriores, vista a veces en sus aspectos más divertidos, a través de las relaciones de las mujeres con los hombres y viceversa; otras veces con cargados tintes críticos y satíricos, acidulados por un humor negro preocupado, o suavizados por la ternura compasiva. Pero hay otros relatos que dejan entrever la conciencia de los errores cometidos en la educación de la juventud (la novela *Marta Abril* «Muerte en el paraíso», «El hombre que perdió los bolsillos», «La trampa» o «Erostratismo»).

Masip escribe para sí mismo y para los exiliados, como él, librándose así de las obsesiones y del trauma de la guerra civil, aunque las cicatrices permanecieran, como se vio poco antes de morir, bastante perdida la cabeza. De la misma manera que César Vallejo, Paulino gritaba por España. Una España que queda, eso sí, retratada de manera despiadada, debilitada y rota por los dolores de un mal parto, en su gran novela trágica, *El diario de Hamlet García*. Esta novela y *Cartas a un español emigrado* constituyen el núcleo de las preocupaciones del hombre comprometido y lleno de *seny* (Max Aub *dixit*) que fue Paulino Masip. Uno de nuestros literatos «perdidos» de la generación del 27.